

Tintura de huaco.

Palo huaco.....	60	gramos.
Aguardiente.....	500	„

Pocion de huaco.

Cocimiento de linaza.....	500	„
Tintura de huaco, de 0.75 á 1.50		„

Fricciones de huaco.

Tintura de huaco.....	125	„
Vinagre destilado.....	30	„
Alcanfor.....	15	„

Termina el Sr. Villar su opúsculo con las siguientes palabras, que en los momentos en que nos amenace una epidemia de Cólera son dignas de tenerse presentes: "..... El Cólera que tanto se teme, ha causado ménos estragos que las viruelas ó la escarlatina. Los medios que quedan aconsejados (los ántes descritos), son suficientes sin duda para burlar sus primeros ataques, esto es lo interesante; olvidar el peligro para no temerlo, acordarse de él para evitarlo. Los recreos inocentes, las tareas moderadas capaces de distraer el espíritu, son mejores medios de precaucion que los pretendidos preservativos. Limpieza, sobriedad, tranquilidad de ánimo y evitar toda clase de excesos."

Cuando se presentó en México esta primera epidemia, el Dr. Leopoldo Rio de la Loza fué comisionado por el Gobierno para que analizara el aire de nuestra atmósfera, con objeto de ver si era posible averiguar algo sobre el origen de tan terrible mal. El sabio emprendió el trabajo, y despues de minuciosos estudios rindió un informe diciendo, que lo único que habia encontrado de notable, era un principio básico, bien marcado.

Entónces tambien se publicó en Veracruz, en 1832, por un Dr. Doucet, un ensayo sobre la higiene pública y privada, intitulado: *Tratado del Cólera Morbus en la India.*

Esta epidemia del año de 1833 todavía duraba en Chiapas en el año de 1834.

Hasta aquí lo que se refiere á la primera y más grande y más terrible epidemia de Cólera que hemos tenido en México.

A principios del año de 1849, una tremenda noticia causó una grande alarma y espanto en toda la República, la de que el terrible viajero del Ganjes acababa de emprender una nueva expedicion, habiendo atacado á Moscow y á Constantinopla en 1847, á Inglaterra en 1848 y en esos momentos, 1849, á Francia. Como el país le conocia desgraciadamente mucho y conservaba muy frescos los recuerdos de sus horrosas devastaciones del año de 1833, hé aquí la razon del terror que la nueva le causó. Apénas se supo tan funesta noticia, y creyéndose la visita de la epidemia inevitable, empezó el Gobierno á prepararse con actividad para recibirla, y el Ayuntamiento de la Capital dirigia unas excitativas á todas las Corporaciones, invitándolas á que se aprestasen convenientemente, y la Escuela de Medicina, instada tambien por él, nombraba en 23 de Enero de 1850, una comision, compuesta de los profesores Erazo, Jiménez y Lucio, y aprobaba el dictámen en que ésta le proponia un método preservativo que se debia observar durante la epidemia. Por fin, el 17 de Mayo del mismo año, tambien como la otra vez, por la via de los Estados Unidos, por Tampico, tocaba el adusto visitante á las puertas de nuestra República que le vió llegar con espanto. Pronto se presentó en la Capital, en donde entró por el barrio de San Pablo y, cosa curiosa, por espacio de quince dias limitó á este solo punto su visita, sin atacar á ninguna persona del centro de la ciudad, extendiéndose despues, de un modo caprichoso, y sin valer contra él para nada la higiene de los lugares y de las habitaciones—pues que en el Convento de Corpus Christi que se encontraba en magníficas condiciones, atacó á un gran número de religiosas, miéntas que en otros lugares, malos bajo el punto de vista de la higiene, no atacó á ninguno—y entónces se dictaron desde luego violentas medidas de policia y de higiene de la ciudad, que el terrible azote apénas daba lugar á plantear, en Julio, dando un bando el Gobernador, prohibiendo la venta de frutas, y despues señalando por los cuatro rumbos de la ciudad los lugares adonde debian conducirse los desechos de la misma. Felizmente, al poco tiempo, el 4 de Agosto, empezaba á disminuir, casi á desaparecer, en la República, la epidemia, que en Setiembre dejaba completamente libre á la Capital.

Del Cólera de 1850 consignan las antiguas crónicas, que en Atempan,

poblacion del Estado de Puebla, se usaron para su tratamiento fricciones de ortiga en el cuerpo, con lo que, se dice, cesaban los calambres y venia una abundante diaforesis. Se afirma que algunas fricciones bastaban para curar aun los casos más rebeldes, y que todos los enfermos que usaron de ellas se salvaron.

Por fin, la última epidemia de Cólera que hemos tenido en el país, lo fué la de los años de 1853 y 1854. Empezó á aparecer en los últimos dias del primer año, y en 1854 se recrudeció notablemente, lo que se atribuyó entónces á algunas exhumaciones de cadáveres que se estuvieron haciendo en el panteon de San Dieguito.

A fines de 1865 en que estalló el Cólera en Suez y en Alejandria y despues en Constantinopla y en Marsella, y en 1866 en que se propagó principalmente por el Sur de Francia y España, apareció otra vez en la Habana, y, en México, parece que sólo llegó á presentarse en Matamoros, venido al país otra vez por la via de los Estados Unidos.

En 1882 y 1883 en que hacia grandes estragos en Egipto, solió presentarse en Europa, y aun se creyó que lo hubo aquí en México, aunque esto es muy discutido, en San Bartolomé de los Llanos, del Estado de Chiapas, en Oaxaca y en Tabasco, donde causó no pocos males, lo que alarmó no poco al pueblo y al Gobierno que dictó inmediatamente buenas y oportunas medidas sanitarias. No llegó felizmente á visitarlos la epidemia.

En los pasados años de 1884, 1885 y 1886, y aun ahora en 1887, ha vuelto á aparecer en Europa, especialmente en Francia, en Italia y en España y aun aquí en América. El telégrafo y la prensa lo han estado anunciando y han puesto en alarma á las naciones todas de Europa y América, que se han aprestado á recibir al viajero como se merece, México habiendo dictado cuantas disposiciones se han juzgado del caso para prevenir su aparicion en el país, ya por las costas del Golfo, ó del Pacífico, importado por los buques, ya de allende el Bravo por el actual tráfico ferroviario. El terrible azote ha espantado, sin embargo, á América. El año pasado y éste todavía ha estado amagando á la Europa, sobre todo á la Italia, Austria y Hungria.

Conocidas ya las principales epidemias de Cólera habidas en el mundo, tiempo es de que hagamos algunas reflexiones sobre ellas.

El Cólera en sus primeras excursiones por el mundo civilizado, fué motivo de muchos estudios y de muchas opiniones y llegó á ser atri-

buido á la constitucion atmosférica reinante. (Es bien sabido que desde Hipócrates hasta Sydenham las enfermedades epidémicas siempre han sido atribuidas á esa constitucion).

Respecto á su marcha, Ozanam formuló una especie de ley: de que siempre se propaga de Oriente á Occidente, en el sentido en que lo han hecho las religiones, y en el que ha seguido el movimiento civilizado de los pueblos. Es lo cierto que estas epidemias siempre han seguido las grandes vias de comunicacion; el intervalo de tiempo que emplean en llegar de un lugar á otro nunca es menor del que gasta un viajero en hacer la travesia, y cuando invaden comarcas separadas por mares, comienzan siempre por el litoral.

Su velocidad en trasmitirse ha estado, pues, en relacion directa con los medios de comunicacion. Cuando éstos eran escasos y tardíos, en la primera epidemia, habiendo dilatado en recorrer los principales pueblos del mundo nada ménos que veinte años, y en la de 1865 y 1866, en que ya aquellos eran violentos y abundantes, habiéndole bastado pocos meses. Griesinger, razonando por analogía con lo que sucede en la propagacion de los agentes físicos, ha pretendido que la intensidad de la propagacion está en razon inversa del cuadrado de las distancias.

Con relacion á las particularidades que luego presenta, de las que se observaron en México, vamos á dar á conocer las que menciona el Dr. Olvera I. (hijo) en una Memoria que sobre esta materia escribió en el año de 1851.

En México, en cuantas epidemias ha habido de Cólera, siempre han reinado primero las bronquitis, las peritonitis puerperales y los reumatismos. En cambio, algunos dias ántes de presentarse, desaparecian las enfermedades agudas, al grado de que los médicos llegaban á no tener ningun enfermo.

Tambien entónces se observaron como signos precursores de las visitas del azote, las epizootias.

Para aparecer el Cólera en México, comenzaba por ser esporádico, lo que hacia dudar por muchos dias á los facultativos de que la ciudad fuera invadida.

En algunos casos simuló la forma intermitente, y el Sr. Olvera cita el hecho de un enfermo que sucumbió despues de dos meses y medio de estar enfermo, durante los cuales tuvo más de diez accesos de Cólera esporádico.

Apoyando las ideas que en 1833 emitió Broussais sobre el terrible mal, el Sr. Olvera dice, que al estallar en la Capital las últimas epidemias, asistía á algunos enfermos de tisis tuberculosa, y supo de varios de otros profesores, y que ninguno de ellos fué atacado por el Cólera, así como tambien ninguno de los coléricos que asistió padecía de tal enfermedad.

Cuando aparecian las enfermedades que proceden de ordinario de una constitucion atmosférica, era signo seguro de que empezaba á disminuir el Cólera y de que iba á acabar la epidemia. Y esto se observó tan constantemente en México en la práctica, dice el médico á quien seguimos, que "..... recibimos placer la vez primera que observamos un tifo, porque lo tuvimos como un agüero seguro de la desaparicion del Cólera, en lo cual no nos equivocamos....."

En las epidemias de 1850 y 1854 se observó que los narcóticos obraban debilmente.

Entre las profesiones que entónces se contaron como predisponentes al Cólera, lo fueron las literarias, ménos la del médico que pareció más bien preservadora.

El clero tuvo mucho que sufrir de estas pestes, y notables fueron los estragos que una de ellas hizo en los padres dieguinos.

Las mujeres públicas, en lo general se libertaron.

Los veleros, los tocineros, los carniceros fueron de los oficios ménos atacados.

Entre los fenómenos curiosos que entónces se observaron, son dignos de mencionarse: que el imán, durante todo el tiempo de una de estas epidemias, perdía ó disminuía su facultad de atraer el acero; que en las varias épocas en que azotó el terrible mal sucumbieron de él familias enteras, en tanto que otras se conservaron ilesas en todos sus miembros y en todas las ocasiones—se guarda el recuerdo, entre esas familias privilegiadas, de una González Arratia, de Toluca, que siempre fué respetada por el Cólera, no obstante contar entre sus miembros con más de sesenta personas—, y que algunas ciudades, especialmente las mineras, fueron absolutamente consideradas, pues que no llegaron ni á conocer el mal, no habiendo tenido ni un solo caso de invasion, citándose entre otras, Perote, lugar alto, airoso, frio, seco y árido, en el Estado de Veracruz; Pachuca, en el de Hidalgo; Lerma, en el de México; Xumiltepec, Achichipico, Xochitlan y Yacapixtla, en el de Mo-

relos; Tancítaro, en el de Michoacan, y algunas haciendas de Dolores Hidalgo en el de Guanajuato, inmunidad que se ha querido explicar ya por las cordilleras de montañas que á algunas de ellas rodean, ya por los elevados y tupidos montes que á otras las circundan, montes que, se dice, habrian purificado, tamizado, por decirlo así, el aire que por todas partes las baña.

No dejaremos sin consignar aquí, que actualmente los Estados de Tamaulipas, de Coahuila y de Nuevo Leon, están amenazados de ser invadidos por una epidemia de la República del Norte, como los de Chihuahua y de Sonora, y que nuestros puertos del Golfo son la otra amplia puerta que descuidada, dejará pasar, el dia ménos pensado, la desolacion y el exterminio.

Daremos, para concluir, las cifras de víctimas que el Cólera ha hecho en el antiguo Continente y en nuestra patria. La epidemia del año de 1832 hizo, sólo en el Indostan, Arabia, Persia, Siria y Rusia, sin contar con el inmenso número que causó en Europa, sobre cerca de cuarenta millones de víctimas. En México, en la Capital—y sólo de ella damos las cifras porque no tenemos datos bastantes para hacerlo de toda la República—la mortandad fué decreciendo en cada epidemia. Así, en 1833 perecieron cosa de catorce mil personas, miéntras que en 1850, de quince mil trescientos treinta atacados sólo fallecieron siete mil seiscientos, y en el invierno de 1853 á 1854 sólo murieron cuatro mil. La mortalidad de Europa en esas epidemias fué, segun Louis, de 42 á 46 por ciento de los atacados. Es posible, segun lo anterior, que á medida que trascurra el tiempo, el Cólera vaya perdiendo su fuerza y que acaso, acaso, algun dia, cuando los códigos sanitarios de los pueblos alcancen un alto grado de perfeccion; cuando la higiene de las ciudades, poco ó nada deje que desear; cuando llegue á realizarse el desideratum de los médicos filósofos y filántropos, de que la higiene sea la única que intervenga en nuestra mísera existencia recibiéndonos en la cuna, acompañándonos en nuestra penosa vida, combatiendo nuestras enfermedades y recibiendo nuestros inanimados restos en el sepulcro cuando vuelvan al seno de la materia á sufrir nuevas evoluciones, y cuando, en fin, todo se pueda "prevenir" mejor que atacar: él, el Cólera, como todas las epidemias y como todos los padecimientos que afligen á la humanidad, desaparezca del globo, no quedándonos más enemigo que el gasto necesario del organismo con la avanzada edad, y no reste de la Medi-